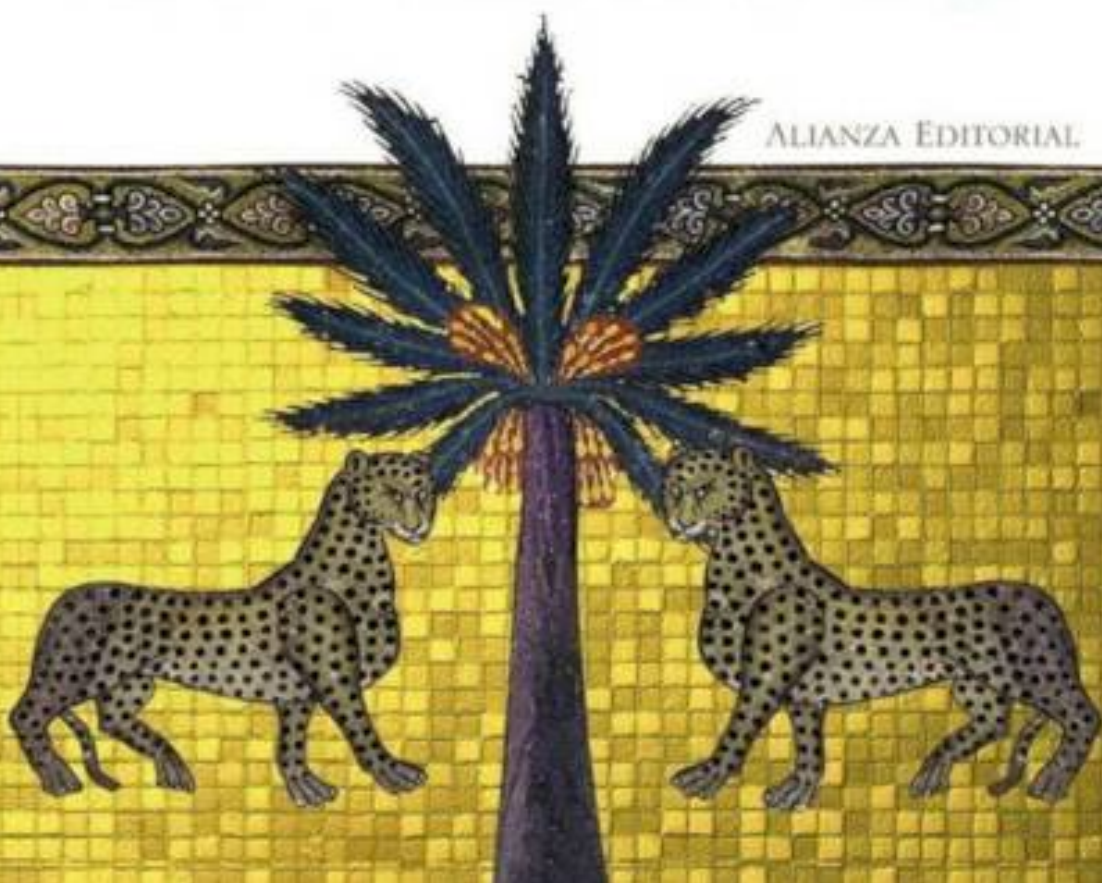


TARIOQ ALI

UN SULTÁN EN PALERMO

ALIANZA EDITORIAL



UN SULTÁN EN PALERMO

Autor: Tariq Ali

ISBN: 9788420666297

Generado con: QualityEbook v0.71

Generado por: Selubri, 15/07/2014

SINOPSIS

AÑO 1153, los normandos gobiernan Sicilia (Sicilliya), pero la isla está impregnada de la cultura y la lengua árabes. Palermo, la capital, es una ciudad musulmana que rivaliza en tamaño y esplendor con Bagdad y con Córdoba. La corte del sultán Ruyari, el rey normando Roger, está formada por hombres de letras musulmanes, concubinas de todo tipo y hábiles eunucos que controlan la administración del reino. La situación y la decadencia de la corte encrespan a los obispos que aspiran a hacerse con el poder. En este ambiente agitado y convulso se desarrolla la vida y amores del cartógrafo medieval Muhammad al-Idrisi. Un hombre culto que se debate entre mantener sus vínculos con el sultán y ser fiel a sus amigos que combaten la dominación normanda o se ven obligados a dejar la isla, entre el sosiego del harén cortesano en el que busca refugio y la realidad del pueblo llano de Noto y Catania que le remueve la conciencia.

Un sultán en Palermo es una magnífica novela en la que el orgullo y la codicia humana se entrecruzan con la nobleza y la grandeza de espíritu. Es la cuarta novela del llamado Quinteto del Islam, conjunto narrativo en el que Tariq Ali nos sumerge en las controvertidas relaciones entre Oriente y Occidente en distintos períodos históricos. La trama de Un sultán en Palermo, aunque se sitúa en la Sicilia medieval, guarda un inquietante paralelismo con la actualidad.

UN SULTÁN EN PALERMO

Tariq Ali

A Mary-Kay y Sam

SIQILLIYA 1153-1154

UNO

Reflexiones de Idrisi sobre los comienzos y los encuentros casuales. De cómo conoció a Ruyari

La primera frase es fundamental. Lo sabía intuitivamente y porque había estudiado los manuscritos de tiempos pasados. Qué bien lo habían comprendido los antiguos, cómo se esmeraban en la elección del comienzo de sus obras, con cuánta facilidad debía de progresar su trabajo una vez adoptada esa decisión. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo comenzar? Les envidiaba las oportunidades que les brindaba su mundo, la posibilidad de buscar el conocimiento dondequiera que se hallara.

Su madre le había enseñado que el pueblo del Libro delataba su ignorancia al desdeñar todo conocimiento previo a la época de sus profetas. Supo por ella que su abuelo, un venerado matemático de Qurtuba, fue despojado en público de su dignidad y pasado a cuchillo, junto con otros ochenta sabios, cuando la ciudad cayó en manos de una particular casta de guerreros del Profeta, hombres más temerosos del conocimiento que de la muerte. Los fanáticos que mataban en nombre de la religión llamaban «la época de la Ignorancia» al mundo antiguo, ese en el que las gentes estaban libres del yugo de la adoración a un solo dios. En aquel entonces se debía de blasfemar a placer. Un mundo sin apóstatas. Una sonrisa iluminó por un instante su rostro, que enseguida volvió a nublarse.

No así nosotros, pensó. Estamos condenados a hundirnos en la vorágine de la eterna repetición. En nombre de Alá el Misericordioso y de Mahoma, su Profeta, su más fiel

Emisario. Tan sólo encontraba consuelo al pensar en que las creencias blasfemas de los nazarenos eran aún peores. ¿No era inconcebible que Isa fuera el único hijo de Alá? ¿Cómo iba a haber engendrado un solo hijo el Todopoderoso? ¿Por qué habían inventado los nazarenos tamaña falsedad? Probablemente porque su proximidad temporal al mundo romano y a sus dioses los obligó a insuflar en sus creencias elementos mágicos para captar conversos. Ojalá hubieran conservado a los antiguos dioses, o al menos a los mejores. Zeus podría haber sido el padre de Isa, o Apolo, o Ares, o Poseidón... no, Poseidón no. Qué tontería. Mariam vivía lejos del mar y Yusuf no era pescador. Hefesto, ese dios cojo y rijoso, podría haberse colado... Subió a la cubierta del navío real y respiró hondo varias veces. Purificarse los pulmones con la brisa marina ya era para él todo un rito. Sonrió. Se aproximaba el crepúsculo. La mar continuaba en calma. Con ayuda de Poseidón, arribarían a Palermo sin sufrir ninguna otra tempestad.

Era aquélla su última travesía antes de concluir el libro. La nave había circunvalado dos veces la isla para que verificara la fidelidad de su mapa observando la costa de Siqilliya. Desembarcaban de tanto en tanto para hacer provisión de agua fresca y alimentos y de las plantas necesarias para poner a prueba sus prescripciones curativas. Idrisi era médico además de geógrafo. El viaje le había fatigado pese a que no hubiera durado ni un mes. Dormía más que de costumbre y en casi todos sus sueños retornaba a la infancia: su madre contemplando las estrellas, las empedradas calles de Noto, los troncos de los árboles cosidos a cicatrices por los rayos, las mujeres ocupadas en ordeñar a las vacas y las cabras, su padre con la tez marcada por la viruela; pero a la hora de la siesta soñaba inevitablemente con Maya, casi siempre el mismo sueño, sin apenas variaciones. Reposaban desnudos uno en brazos del otro después de hacer el amor. Siempre en la alcoba de Maya en el harén de palacio, a cuya puerta montaban guardia los eunucos. Nunca sucedía nada más. Tanto le perturbaba aquella repetición que

llegó a pensar en consultar a un intérprete de sueños, pero no lograba decidirse.

La noche anterior había tenido por vez primera un sueño distinto. Se vio como un guerrero empeñado en combate, y al despertar no guardaba recuerdo alguno del enemigo. Al recordar el sueño mientras contemplaba desde la cubierta los cambios de coloración del mar, se preguntó si habría sido un buen soldado. Era de estatura mediana, facciones delicadas y piel tersa y suave; casi parecía que su género hubiera quedado decidido en el último momento. El sol le había oscurecido la tez, realzando la blancura de su barba. La llevaba cuidadosamente recortada, al estilo de los sabios de Qurtuba. A sus cincuenta y ocho años de edad, se hallaba en esa etapa en que la vida lleva a la mayoría de los hombres a pensar más en el pasado que en el futuro. Y él no habría sido la excepción si no hubiera estado poseído por una poderosa ira, algo que sólo sabían sus dos íntimos amigos, y ni siquiera ellos comprendían los motivos. A ojos del sultán y de los cortesanos del palacio de Palermo, Idrisi era un erudito a tener en consideración y un hombre de temperamento tranquilo. No sospechaban lo que se ocultaba tras aquella máscara ni que en su fuero interno se enfurecía por las cosas más extravagantes. Cierta día, en un momento de desaliento, Ibn Hamid, su mejor amigo, alzó la vista al cielo y musitó: «Ah, la poesía de las estrellas», y la reacción de Idrisi fue someterle a un airado sermón sobre astronomía y el movimiento de la Tierra. ¿Había observado que los astros repetían sus movimientos noche tras noche? Los antiguos trataron en vano de desentrañar los secretos del firmamento. De ser cierto lo que él pensaba, el Corán afirmaba cosas erróneas, y, en tal caso, ¿quién había incurrido en el error? ¿Alá o su Emisario? Temeroso de que acusaran de blasfemo a su amigo, Ibn Hamid le aconsejó que dejara la resolución de tales cuestiones para el futuro.

Idrisi le dirigió una mirada fulminante y se retiraron la palabra durante varios días. Ahora, Ibn Hamid también ha-

bía abandonado la isla, dejando a su amigo más aislado que nunca. Entre ellos hubo palabras duras; Ibn Hamid le reprochó que procurase ayuda a los extranjeros que ocupaban la isla. Tal vez, pensaba Idrisi, él debería haberse marchado a su vez para establecerse en Ifriqiya o en Bagdad, donde el califa dispensaba su mecenazgo a pensadores y poetas. Pero un encuentro casual, que le ofreció mayor libertad de la que creía posible, cambió el curso de su vida.

Sus pensamientos se remontaron a aquel atardecer en que se hallaba trabajando en la biblioteca del sultán Ruyari, en el palacio de Palermo. Le habían concedido un permiso especial para consultar las obras allí guardadas y disfrutaba como un niño con cada nuevo descubrimiento. Rememoró la emoción que le embargó casi veintisiete años atrás al pasar la vista sobre el manuscrito del antiguo griego al-Homa. ¿No sería la obra a la que se refería su bisabuelo paterno mucho tiempo atrás, allá en Malaka? Su abuelo confió aquel recuerdo a su padre, e Idrisi creía escuchar aún la voz profunda y un tanto agitada de su anciano padre al relatar la historia, haciendo pausas para arrancarse los pelos blancos que salpicaban su barba todavía de color castaño oscuro. Él le contó que el cadí, temiendo el poder de la poesía y su capacidad para descarriar a los creyentes, ordenó que sólo se hicieran tres copias de la traducción árabe, siendo el objeto de éstas permitir que los teólogos estudiaran las religiones paganas que habían sumido a Arabia en la época de la Ignorancia, en la que nació nuestro Profeta.

Doce hombres recibieron el encargo de llevar a término la tarea. Eran los más diestros traductores de griego antiguo, que ya habían traducido las obras de Galeno y Pitágoras, Hipócrates y Aristóteles, Sócrates y Platón, e incluso las comedias de Aristófanes. Todas ellas se conservaban en la biblioteca de Bagdad. Ahora bien, pese a ser empleados palaciegos de confianza y a haber sido cuidadosamente seleccionados, a los traductores no se les permitió leer la obra entera. A los calígrafos que la transcribieron se les impuso un juramento de silencio. Si comentaban el contenido

de la obra con cualquier persona, esposas y amantes incluidas, el castigo sería inmediato: la cimitarra del verdugo haría rodar sus cabezas de un golpe certero.

Su padre sonreía al llegar a ese punto.

—Las amenazas nunca surten efecto en este mundo nuestro. De no habérseles dicho nada, los calígrafos tal vez habrían procedido a ocuparse de su siguiente encargo una vez copiada la obra, sin pensar más en ella. El peligro excitó su curiosidad, y, mientras once de ellos cumplieron el mandato del cadí, el otro se las compuso para hacer una copia de la mitad de la primera parte y casi toda la segunda y se la envió a su familia, que residía en Damasco. Su hijo, traductor también, fue a trabajar a la escuela de Toledo. Contrajo matrimonio con una mujer de Qurtuba. Su nieto descubrió el manuscrito incompleto escondido en el fondo de un viejo arcón, bajo un ejemplar del Corán, y permitió a mi bisabuelo leerlo en su casa. Fue así cómo nuestro antepasado descubrió que esa obra griega se guardaba en un compartimento secreto de la biblioteca de Palermo. Para acceder a la sección oculta de la biblioteca se requería un permiso especial otorgado por el califa.

Fue durante su primer año pasado en la biblioteca del antiguo palacio de Palermo, el más largo de los viajes mentales que nunca hubiera realizado, cuando Idrisi se topó con la sección secreta, descubrimiento del que informó al chambelán de palacio, quien a su vez se lo comunicó a su señor. El sultán Ruyari interrumpió el almuerzo para acudir precipitadamente a la biblioteca. En aquel primer encuentro con el gobernante nazareno, Idrisi le explicó el motivo de su emoción. El sultán no había oído hablar de al-Homa, pero declaró su intención de estudiar inmediatamente el manuscrito. Aunque no dominaba por completo el árabe hablado, lo leía sin dificultad. Cuando el chambelán se disponía a salir de la biblioteca con el manuscrito bajo el brazo, el sultán, que había reparado en el gesto de desengaño del joven letrado, lo detuvo y le ordenó que localizara a los mejores calígrafos de Palermo y los pusiera a trabajar. De-

seaba tener otra copia a su disposición cuando regresara de Noto. A continuación se volvió hacia el joven de turbante, que había adoptado una pose humilde.

—¿Cómo te llamas?

—Muhammad ibn Abdalah ibn Muhammad al-Idrisi, su Majestad.

—Maestro Idrisi, una vez que ambos hayamos leído esta obra con detenimiento, la comentaremos. Compararemos así los conocimientos que nos haya aportado. Si el árabe de la traducción es demasiado complejo, requeriré la ayuda de Ahmed de Djirdjent.

El joven erudito ya había memorizado algunos versos de la obra de al-Homa cuando seis semanas más tarde fue convocado a la presencia de Ruyari.

—No alcanzo a comprender por qué este libro ha disgustado tanto a vuestros teólogos.

—Supongo que no podían tolerar que los dioses y los seres humanos se entremezclaran de tal modo, adalid de los sabios. Y les parecería inadmisibles que los dioses fueran creados a imagen de los hombres y mujeres. Es la única razón posible.

—Pero si eso es precisamente lo más ameno de la obra. Sus dioses tomaban parte en todo lo que sucedía: guerras, inundaciones, percances varios, aventuras en los cielos y los mares, disputas familiares, nacimientos, bodas, muertes y renacimientos. ¿No crees que la esposa del navegante Odiseo, que rechazó a sus pretendientes terrenales, tal vez habría sucumbido a los encantos de un dios? Lo que me extraña es que ninguno tratara de seducirla. Tengo que dar instrucciones de que se traduzca de inmediato al latín, a no ser que ya exista un manuscrito. ¿Te encargas de averiguarlo? Si la única copia se encuentra en el Vaticano, tendremos que volver a traducirlo. A los monjes les agrada tan poco como al cadí. ¿Qué aspecto de la obra te ha interesado más? ¿Los ardides de las mujeres, quizá? ¿O el miedo a lo desconocido? ¿O la vida entendida como un viaje interminable, jalonado de pruebas de resistencia?

—Todo ello me ha interesado, su Majestad, pero ha sido otro aspecto el que ha captado mi atención: estoy asombrado por los conocimientos geográficos de al-Homa. En la segunda parte de la obra describe nuestro mar y nuestras islas, los campos y los árboles. En los tiempos antiguos no se viajaba tanto como ahora. La mayoría de las personas recibían sepultura en la aldea donde habían nacido. Al-Homa les contó que había otro mundo más allá de su aldea y de su isla. Pone estas palabras en boca de Menelao:

En mis peregrinaciones fui a Chipre, a Fenicia, a los egipcios, a los etíopes, a los erembos, a los sidonios y a Libia.

—¿Y qué me dices de los cíclopes y de las seductoras sirenas que hacen naufragar a las naves no muy lejos de estas costas?

—Travesuras pasajeras, excelso sultán, sin mayor trascendencia. Revelan la gran imaginación del poeta y poco más. A mi entender, lo más notable de la obra es que las descripciones de lugares reales son casi exactas. Visitó nuestra isla y la llamó Scylla. Estoy convencido de que al-Homa fue un navegante. Además combatió en una guerra, pero lo que más destaca en su memoria es el mapa de sus viajes.

—El chambelán me ha informado de que tú también eres cartógrafo.

Idrisi hizo una reverencia.

—Quiero que se me ponga al tanto de todos tus descubrimientos una vez que hayas concluido tu trabajo en esta biblioteca.

Fue así cómo Idrisi lo abandonó todo durante los trece meses siguientes —amantes, amigos, discípulos— para consagrarse a la busca de la verdad. El sultán le había concedido libertad absoluta en su biblioteca, y, salvo para alimentarse y cumplir con las funciones biológicas inexcusables, dedicaba los días enteros a sumergirse en los manuscritos. Los eunucos de palacio solían llamarlo Abu Kitab, el padre del libro. Con el tiempo, al convertirse en persona de

confianza del sultán, su ascenso de rango requirió un título más insigne y empezó a llamársele Amir al-Kitab.

Aquellos meses dedicados a trabajar en la biblioteca le reportaron grandes satisfacciones. Al-Homa no fue más que el principio. Idrisi visitaba Ítaca y otras islas en busca de vestigios. Con frecuencia se preguntaba si al-Homa habría sido el artífice exclusivo de aquellas hermosas obras o si, habiendo recibido las historias del pasado, las había cubierto con su divino manto. Le dejó perplejo descubrir que, escasas generaciones tras la muerte de al-Homa, Jenófanes lo denunciara en un lenguaje semejante al de los teólogos contemporáneos: «Homero ha atribuido a los dioses cuanto es ignominioso y censurable entre los hombres, el robo, el adulterio y el engaño». ¿No tendrían en mente a Odiseo los cuentistas de Bagdad que compilaron los relatos de las mil y una noches al crear la figura de Simbad el marino? Estas preguntas y hasta el propio al-Homa no tardaron en caer en el olvido a medida que iban apareciendo otros tesoros más próximos a sus intereses.

La lectura de las traducciones árabes de Heródoto, Aristóteles, Galeno, Estrabón y Ptolomeo fue una suerte de descubrimiento de tierras distantes con las que ya se había familiarizado a través de los relatos de los viajeros. Sus maestros le habían dado a conocer a los venerables sabios griegos, mas a la sazón era demasiado joven para apreciarlos de veras. Sus conocimientos fueron fragmentarios hasta que estudió los textos por sí mismo. Las ideas de Ptolomeo resonaban en su cabeza como música de flauta en la lejanía.

Cierto día se topó con un manuscrito anónimo que hizo sus delicias. ¿Quién sería el autor de *La Biblioteca*? Aún guardaba en la memoria la primera frase: *El cielo fue el que primero gobernó sobre el mundo entero*. Tenía ante sí la historia de los dioses y de cómo poblaron el mundo, lo que no era tan estimulante como los textos de Ptolomeo o incluso de Estrabón, pero sí mucho más emocionante. Por esa obra tuvo noticia de la breve visita de Hércules a Siqilli-

ya. *El cielo fue el que primero gobernó sobre el mundo entero.* Esa frase era como un eco en su memoria. Por qué tenía él que iniciar su libro diciendo *En nombre de Alá, el Misericordioso...* como cualquier otro erudito de su mundo. ¿Por qué?

Durante aquel primer año dedicado al estudio en la biblioteca, el sultán lo llamaba con frecuencia a sus dependencias para interrogarle con interés sobre lo que estaba leyendo. Ruyari no era un hombre corpulento, pero tenía por costumbre manotear con mucho aspaviento y, cuando se emocionaba, sus brazos vibraban como velas agitadas por tempestuosos vientos. La cordialidad con que lo recibía conmovía a Idrisi.

—¿Qué vas a hacer con todos estos conocimientos, maestro Idrisi? Podrás enseñárselos a tus hijos y a los míos, pero ¿te darás por satisfecho con eso?

Idrisi recordaba la sonrisa preocupada y modesta que esbozó al confesar sus ambiciones.

—Con la venia del sultán, me gustaría escribir una geografía universal. Cartografiaré el mundo que conocemos y trataré de descubrir las tierras que aún nos son desconocidas. Será de utilidad para nuestros mercaderes y para los capitanes de nuestras naves. Esta gran ciudad es el centro del mundo. Los comerciantes y los viajeros hacen aquí un alto antes de dirigirse hacia Occidente u Oriente. Pueden proporcionarnos mucha información.

El sultán recibió la noticia con manifiesta alegría. Hizo llamar al chambelán y le dio instrucciones para que se ocupara de que, a partir de ese momento, el sabio maestro Muhammad ibn Idrisi recibiera todos los meses diez *taris* del diván y se le proporcionara alojamiento cerca de palacio. Cuando el chambelán se disponía a salir tras hacer una reverencia, a Ruyari se le ocurrió otra idea.

—Y necesitará tener a su disposición permanente un barco en el que navegar allá donde quiera. Búscales un buen capitán.

Idrisi cayó de rodillas y besó las manos de su benefactor. Feliz con la generosidad de Ruyari, le embargó no obstante una aprensión nada desdeñable al pensar en cómo se percibiría fuera de palacio. Su trabajo se desarrollaría sin obstáculos, pero la mayoría de sus amigos comenzarían a recelar de él. Todos los viernes por la noche, cuando la ciudad ya dormía, un reducido grupo de poetas, filósofos y teólogos, treinta hombres en total, se reunían en una pequeña cámara situada en el corazón de la mezquita de Ain al-Shifa. Hasta que la llamada matinal a oración del almuedano los interrumpía, el *mehfil* debatía los asuntos relativos a las necesidades de la comunidad de creyentes de la isla. De momento su presencia se aceptaba como la de uno más, pero ¿hasta cuándo?

Ruyari no ocultaba sus simpatías. Al igual que su padre, optaba por hacer caso omiso del Papa y apoyarse en la lealtad de sus súbditos musulmanes. Éstos sabían que, siempre que estuviera en sus manos decidirlo, el sultán Ruyari no les haría ningún mal. Eran los barones y los obispos quienes le llenaban de veneno los oídos. Estaban decididos a convertir a todos los creyentes o, en su defecto, a expulsarlos de la isla. Según las habladurías de los bazares de Palermo, Siracusa y Catania, los monjes ingleses, instigados por el Papa, aconsejaban a Ruyari que limpiase sus bosques y valles de creyentes y se uniera a la santa cruzada contra los seguidores del falso Profeta. A decir de algunos, ya se habían trazado planes pormenorizados para reducir Noto a cenizas y sepultar vivos a los supervivientes. Los rumores solían proceder de palacio. Cualquier niño de Palermo sabía que no había secreto en el palacio del que los eunucos no estuvieran enterados.

Mas no eran ésas las únicas voces que se hacían oír, pues la corte no estaba dominada por una sola facción. En último extremo, Ruyari prestaba mayor atención a sus consejeros musulmanes. Yunis al-Shami, su antiguo preceptor de Noto, el sabio letrado que le había enseñado árabe, astronomía y álgebra, recibía un trato reverente. Continuaba